

RECENSIONES

Juan Carlos Onetti.
Cuentos completos.
Madrid: Alfaguara, 1994, 490 p.

Lilibeth Zambrano

La narrativa de Juan Carlos Onetti se constituye en una expresión literaria significativa, en cuanto que en ella encontramos los signos fundamentales de la cultura latinoamericana. Su discurso literario es un llamado de identidad cultural.

El libro que nos ofrece Alfaguara recoge, por orden cronológico, los relatos de Onetti desde 1933 con “Avenida de Mayo - Diagonal Norte - Avenida de Mayo”, hasta 1993 —incluye algunos cuentos inéditos—. La disposición de los relatos nos parece acertada. A partir de ella podemos ir observando los rasgos estéticos con los cuales caracterizar (o nombrar) la narrativa de Juan Carlos Onetti. Si nos detenemos a pensar en

el libro como totalidad podemos imaginar una sola historia fragmentada. Vemos cómo un relato está contenido en otro(s). De hecho los personajes se repiten, el espacio es el mismo Santa María, el tiempo es el del recuerdo (detenido, suspendido).

Indagando en el espacio de afuera del libro, nos encontramos con la portada que muestra una fotografía de Luis Olivas. En ella aparece Onetti sentado, mirándose a través del espejo del mundo íntimo que impulsa su escritura. También, mirando por dentro de sus ojos, como por la hendidura de una herida, llenos de tristeza y de humor negro; a aquellos que representa en el imaginario de Santa María. El apoyándose en su propia escritura. Detrás suyo nuestra mirada en estado contemplativo gime ante una ciudad, cualquiera, en ruinas. Ha perdido su rostro o simplemente ha quedado abandonada allí donde ya no seremos sino espectros. La escritura de Juan Carlos Onetti aspira reconstruir la ciudad perdida a partir de otra que imagina.

Luego sale al encuentro del lector un prólogo de Antonio Muñoz Molina. Este texto remite a un falso presente, es una *anticipación discursiva* que pone delante aquello por leer después. Según Derrida el prólogo es la marca de un futuro lector, de un *querer-decir* delante de sí mismo, de lo que vendrá. Muñoz nos aproxima a una lectura de Onetti. Establece una red de relaciones entre un cuento y otro, entre todos en sí. Muestra una apreciación global de los recursos expresivos observados en la cuentística onettiana. Nos acerca al problema de recepción que Juan Carlos Onetti padeció en su momento, en relación con los autores del "boom" de la novela.

Los textos de Juan Carlos Onetti exigen una lectura que pueda ver a través de las hendiduras. Estos se resisten a mostrarse en su totalidad. Guardan en sí mismos el secreto de sus sentidos, obligándonos a deambular como por senderos laberínticos. Al entrar en ellos nos exponemos a un juego de

máscaras a partir del cual los textos onettianos experimentan la metáfora de lo cubierto y lo cerrado. Esas máscaras que podemos divisar constituyen *salidas fingidas* del sentido global de cada relato. Por ello somos engañados por una representación de imágenes. La verdad sobre los relatos está simbólicamente disfrazada. El(los) sentido(s) en ellos se confunde(n) en ceremonias de retardación. Así, caemos en la *ensoñación* de un errante por los caminos inciertos de la representación.

Uno de los relatos que más impresiona es el de “El caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Liliput” (1956). La historia no es allí donde parece. No se ve en su todo sino a partir de la reconstrucción de sus partes. Cada una de ella ofrece una grieta prolongada por donde se evapora el sentido del cuento.

La incertidumbre, en este caso, se expone a partir del desconocimiento que se tiene de la pareja. Será a través de la mirada cuando se dé comienzo a la representación. Los sujetos mirados por Guiñazú, Lanza y el narrador; soportan la condición de forasteros en el espacio de Santa María. La condición de extranjeros de la pareja motiva a los tres personajes mencionados, a indagar sobre lo que ellos son. La pareja se presenta como un enigma que atrae a estas personas. Así sucede con los personajes de otros cuentos, que situados igualmente en el espacio imaginario de Santa María, aparecen cubiertos por un manto de misterio, el cual llama la atención de todos. El caso de la mujer de otro de los relatos de Juan Carlos Onetti, “Un sueño realizado” (1941), también se presenta como una vida oscura para el aparentemente director de teatro.

La condición de sujetos enigmáticos está presente en todos los relatos de Onetti, ésta sugiere la noción de máscara que disimula por el hecho de ocultarse detrás de ella y simula porque representa una personalidad no conocida. Los signos con los cuales se marca el enigma que cada uno es, se conectan

con el mutismo en el cual habitan los personajes, soledad que se constituye en la única compañía posible. Los personajes en Santa María viven según el aislamiento, y sólo se comunican entre sí: los otros parecen no interesarle. Se aíslan del mundo, se enconchan en sí mismos, el silencio se convierte en un refugio seguro. La mujer en "Un sueño realizado" escoge su propio sueño para quedarse, prefiere replegarse en el rincón de sí misma. Todos se vuelven al fondo del ser para habitarlo, salpicados de melancolía, se muestran lejanos, aislados en esa morada agrietada de Santa María.

La mirada actuará como mecanismo por medio del cual se pretenderá revelar el enigma de cada uno. Existe la angustia de muchos sujetos, como Guñazú en "El caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Liliput", por hacer de los otros objetos probables y no unas simples ilusiones. Se plasma la necesidad de presentar a la pareja al alcance, en conexión, para que puedan manifestarse más allá de su mirada. La verdad sobre la pareja se forja a partir de la mentira. Esta se convierte en objeto de conocimiento, en cuanto que Guñazú desea aproximarse lo más objetivamente a la pareja, con la idea de acercarse a la verdad de su historia. Desde aquí se plantea una angustia por la verdad de ambos, desencadenándose la historia en ilusiones/simulacros, desde donde cada relato es la prolongación en ese desierto en el que acontecen.

El conocimiento sobre la existencia de la pareja se les esfuma. Todo sobre ellos se erige desde supuestos. La verdad sobre la pareja es interrumpida por la mirada mediatizada de los otros que sólo ven de ellos lo aparentemente evidente. Miran a través de sí mismos y no como son realmente. Por lo tanto, lo que digan de la pareja se constituirá en simples aditivos, agregados que lejos de decir todo sobre ella, instauran a ambos sujetos en el afuera.

Las instancias del poder en Santa María están repre-

sentados por el doctor, el abogado. Pretenden asir la realidad sin escapar de la especulación. Aunque crean captar lo dado por lo real, vana padecer el desvío hacia el mundo de los simulacros. Los habitantes de Santa María no se percatan de la verdad auténtica de los personajes que en cierta forma se retiran, se exilan en sí mismos. Nada ni nadie podrá garantizar que lo percibido por ellos sea cierto. Los que miran no registran al objeto mirado por medio de una estructuración sin distancia, al contrario, la relación se da partiendo de una mirada en lejanía, la cual modifica significativamente a los que miran. En esa relación no se intercambia nada y no existe la posibilidad de la reciprocidad. La espacialidad discursiva de los que miran se extiende hasta imponerse, lo que es una distancia establecida por aquellos que detentan la mirada; ellos sospechan del objeto mirado el cual se les fuga, se ausenta. La mirada, busca escudriñar en esas vidas la verdad. Al proyectarse la misma se produce la descomposición de los que están siendo mirados. Lo que en sí captan aquéllos es la propia degradación que se produce por los comentarios malsanos que emiten. Los que miran ven una caída que termina proyectándose en ellos. Son a partir de la mirada ajena, de allí que se debaten entre el ser y el no ser. La mirada se desplaza, avanza hacia ellos para privarlos de sí. Los acechan con la idea de penetrar y apropiarse de sus vidas. Los que dirigen la mirada pretenden instaurar su propio orden, transgrediendo la organización que los mirados establecen.

La mirada se ordena lejos del objeto mirado, lo cual lleva a un discurso de posibles. La calificación sostenida por aquéllos es dada sin que puedan —los mirados— participar de esa valoración. Hacen hincapié por objetivar la mirada haciendo que el otro exista de acuerdo a una percepción rigurosa y a partir de un sistema de valores establecido por las leyes. La sociedad de Santa María configura sus modos para no permitir que otros entren. Los personajes se debaten entre habitarla sin dejar de ser en el espacio de la intimidad.

La estructura de los cuentos está marcada por los mecanismos de la memoria, cada uno es un discurso lúdico de recuerdos donde el presente es la evocación de cosas pasadas. Los personajes andan solos, pensativos, mirándose en el tiempo que ha dejado de ser, desconcertados por las imágenes de la ciudad. En "Excursión" (1940), el narrador nos cuenta sobre el descontento que padece el sujeto al que alude la historia. Se siente insatisfecho de la ciudad, el hombre anda en busca de sí mismo. Su relación con el espacio urbano es atormentadora. Siente que lo domina, aspira huir de allí e irse a cualquier lugar distante donde estar en absoluta soledad. Repudia toda la mentira que supone la "civilización". "Convalecencia" (1940) señala la reconstrucción de lo perdido. Una mujer se retira a una playa sola para recuperarse de una enfermedad. La ciudad aquí es, igualmente, un ámbito que ata, reprime y golpea el ser. Todos los sujetos onettianos de alguna u otra forma quieren escapar de la realidad a la cual están obligados. La ciudad representa el lugar de la desesperanza. Aspiran ser allí donde ya no son, en el espacio innombrado del recuerdo de una existencia plena y sin ataduras, en un tiempo remoto.

La historia de "Un sueño realizado" expresa un aspecto importante de la representación. La marca de Hamlet en el relato instaura al narrador en el deseo por una vida retirada, lo convierte en habitante del límite. La angustia de Hamlet porque se sepa la verdad sobre la muerte de su padre, lo impulsa hacia la representación como única posibilidad de revelación del enigma. Así mismo, ese desbordamiento de los sentidos en función de lo acaccido en el espacio de la intimidad —proyección subjetiva—, abrirá una grieta por donde penetrará el sueño de una mujer que desea, como es el caso de Hamlet, verse feliz en el sin sentido de la muerte. Ella se aparta de la realidad hostil para sustituirla por un espacio otro, el del sueño.

En los relatos de Juan Carlos Onetti presenciamos sujetos expulsados hacia el afuera que representa Santa María. La

pareja en “El caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Líliput”, está obligada a desplazamientos continuos. Excluidos del mundo son lanzados a Santa María, cuando llegan allí ellos no lograrán su acometida —entregar una carta—. Por esto desvían su rumbo del Victoria a las Villas Petrus, de aquí son lanzados a Las Casuarinas y luego de Santa María. Cada espacio al que son movilizados es ínfimo en relación con el que le antecede. La indeterminación crece a medida que son despojados.

El final de cada relato produce en el lector desconcierto. El sentido habita en las entrañas del sin sentido. Cada historia encierra un secreto por descifrar. Se suceden intentos fallidos por reconstruir el sentido. Se nos muestran pliegues de la verdad.

El libro de Alfaguara que recoge la narrativa breve de Onetti es importante porque a partir de él podemos hacer un recorrido por nuestra cultura en la misma medida en que forjamos encuentros con los rasgos estéticos presentes en la cuentística del autor.

Gonzalo Picón Febres.
Fidelia.
Mérida, Ediciones Solar, 1995.

Lubio Cardozo

Acertada la decisión de publicar una nueva edición de *Fidelia*, singular novela de Gonzalo Picón Febres la cual, por lo demás, ocupa un puesto significativo en la cronología crítica de la narrativa nacional.

Actual 315